

# La noche que es un remiendo de luces

POR CARLOS ALBERTO SÁNCHEZ

La historia es la de un río de apariencia abandonada, que renace cada Navidad con una corona de luces multicolores que le instalan encima a lo largo de dos kilómetros de aguas repentinamente bellas. Casi cuatro millones de bombillos brillan ahí todos los años, desde el antiguo puente Guayaquil, donde antaño fusilaban gente, hasta el moderno edificio de las Empresas Públicas de Medellín, EPM, llamado inteli-

**Carlos Alberto Sánchez:** Periodista de la Universidad de Antioquia, escritor de "El contrasueño: historias de la vida desechable, yendo, viniendo, santificad las fiestas", "Argentina: rostros mixtos y mutantes". Finalista en el premio Cemex de Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2004.



La historia es la de un río de apariencia abandonada, que renace cada Navidad con una corona de luces multicolores que le instalan encima a lo largo de dos kilómetros de aguas repentinamente bellas. Casi cuatro millones de bombillos brillan ahí todos los años, desde el antiguo puente Guayaquil, donde antaño fusilaban gente, hasta el moderno edificio de las Empresas Públicas de Medellín, EPM, llamado inteligente.



Foto: Samuel D. Tcherassi - Fundación BAT Colombia

gente. Una atmósfera flotante de cuento de hadas que embota los sentidos de los visitantes.

Desde 1993, cuando la institución Mi Río peatonizó, reforestó y realizó la primera Navidad en la orilla de esas aguas sucias, ofendidas, el río se convirtió en el principal símbolo navideño de aquí. Un sinónimo de diciembre tanto como la natilla, los buñue-

los, el resentimiento del estómago y de los bolsillos, y la *terquisabida* expresión: "El próximo año será diferente". Para muchos, diciembre sólo es bueno si se junta con el río y si pueden trabajar en la orilla atendiendo a tantos que vienen a embelesarse como si fueran el viejo Thomas Alva Edison viendo esos millones de foquitos encendidos

Sin embargo, esta historia, que es la de los alumbrados en Medellín, no empezó en el río en 1993, ni en el Centro en 1967 cuando EPM iluminó la Navidad por primera vez: dos calles, dos parques, dos iglesias y algunos edificios, ni en 1994 cuando el río fue inundado de luces. Estos dibujos encendidos por toda la ciudad son la mutación de una intimidad católica, un acto de fe llegado de Roma como orden papal en tiempos en que ni siquiera existía la luz eléctrica. No se trataba de iluminar todo el mes de diciembre, como se hace ahora, sino de prender una llamita en familia, la noche del 7, para reconocer el milagro de la concepción de la Virgen. Al día siguiente ella pasaría dejando bendiciones en todo sitio donde se le hubiere recordado. El hambre, la traición, las enfermedades, la desobediencia de los hijos, la cárcel que *enresorta* los sentidos, se irán de ese sitio. La gente prende velas el 7 y el 8, y de pura gana ilumina todo diciembre. Los milagros no suceden. Ningún tormento humano se va de Medellín siquiera un día. No importa. La gente lo hace por natural gusto y tradición. Por estos primeros diciembres del siglo XXI cada versión trae sus modas o innovaciones comerciales, y uno ve que más gente se atreve a colgar tiras de focos en las ventanas de sus casas. La mayoría ni siquiera sabe que la Virgen pasará por aquí. Muchos niegan su demasiado milagro y al resto no le importa ni la promesa ni el milagro, sino la luz que es una ilusión. La masa de luces gravitando en la noche sobre techos y fachadas, en el follaje oscuro de los árboles, en los circunspectos postes y, últimamente, en el río.

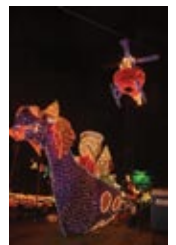


Foto: Samuel D. Tcherassi - Fundación BAT Colombia

En 1992, cuando el río ni iba, ni venía, "ver los alumbrados" ya era un hábito de la Navidad, habían salido del Centro y se tachonaban de bombillos el cerro Nutibara, plazuelas, glorietas, avenidas. Medellín defendía su fama como ciudad de alumbrados. La llamaban Ciudad luz. Ese año, la coyuntura energética del país partió la historia del alumbrado. Impidió iluminar, que era una cuestión nocturna, pero EPM agregó el concepto "decoración", que tiene que ver con el día y la noche, y fue así como se configuró el tipo de alumbrado que vemos hoy con papeles metalizados, telas, lonas y otros materiales ni eléctricos ni luminosos.

En 1994 el alumbrado se partió otra vez. Diciembre llegó al río. Había un paseo de siete kilómetros, sembrado de acacias, leucaenas, terebintos, guayabas y san joaquines, y servido con bancas y barandas para descansar viendo correr las apestosas aguas. EPM escogió la parte que va desde el

No se trataba de iluminar todo el mes de diciembre, como se hace ahora, sino de prender una llamita en familia, la noche del 7, para reconocer el milagro de la concepción de la Virgen.



Fotos: Samuel D. Tcherassi Fundación BAT Colombia

Ese año, cuando un grupo de estudiantes de diseño propuso iluminar ese río fétido, los encargados de oírlos consideraron demasiado estudiantil esa propuesta. Nadie iría. ¿Quién, si aun con el esfuerzo de Mi Río, era un río ignorado y sus orillas un hotel larguísimo y silvestre para locos y viciosos? ¿Quién querrá divertirse por allí?

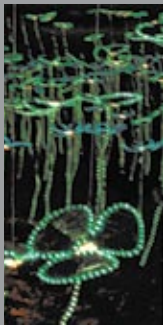


Foto Jairo Ruiz Sanabria

puente Guayaquil hasta su edificio, entonces sin terminar. Las aguas envenenadas empezaron a brillar en las noches de diciembre como si en ellas medraran millones de peces de escamas refulgentes. Dos kilómetros muy importantes. Todos vemos que la ciudad empieza a girar demasiado por esos lados, y el nuevo mapa del Centro ya los incluye. Ese año, cuando un grupo de estudiantes de diseño propuso iluminar ese río fétido, los encargados de oírlos consideraron demasiado estudiantil esa propuesta. Nadie iría. ¿Quién, si aun con el esfuerzo de Mi Río, era un río ignorado y sus orillas un hotel larguísimo y silvestre para locos y viciosos? ¿Quién querrá divertirse por allí? Pero después oyeron mejor y así empezó el tiempo en que el río y la Navidad se hicieron sinónimos.

El fulgor se advierte desde lejos cual legendaria estrella. La gente hace el paseo a pie, en moto, en bicicleta, en automóvil, en buses y en las tradicionales *escaleras*. El año pasado hubo más de 50.000 cada noche. Van embellecidos por el jolgorio y favorecidos por

algunos tragos de alcohol. Vienen de otros departamentos y países y observan, admiran, se alelan con las gigantescas alegorías de la Natividad de Cristo hechas con bombillos, mangueras luminosas, mallas de luces, reflectores, papeles metalizados, telas plásticas. Se toman fotos, otros traguitos, comen frituras, golosinas, compran artesanías. Vienen autoridades de otras ciudades del país, y del mundo, porque EPM las invitan y les ofrecen en venta las luces multicolores. En el año 2004 el alumbrado tuvo un costo total de 3.300.000.000, y en ventas recuperó más de 2.000.000.000. Este año han empezado a trabajar desde enero y habrá cifras superiores en todo aspecto del alumbrado, pues EPM cumple cincuenta años.

En 1994 tampoco se creía que en los barrios fuera a crecer tanto el gusto por expresar la Navidad con luces de colores, pues dos años antes la crisis energética había enfatizado lo contrario, pero crecieron y el encanto de

Foto: Samuel D. Tcherassi Fundación BAT Colombia



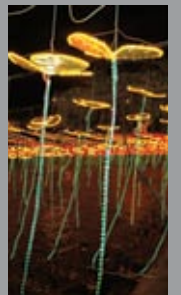
Foto Jairo Ruiz Sanabria

la luz, que es abstracta, pero da forma a todo lo que toca, la luz que no tiene forma ni peso, pero permite ver todas las formas, tuvo el poder navideño que antes pertenecía al pesebre. Los viejos pesebres que desaparecieron de las salas al mismo tiempo que los árboles de Navidad dejaban de ser pinos, chamizos y arbustos que los muchachos traían de las mangas vecinas, y eran reemplazados por estilizados pinos de plástico, que los mayores compraban en los almacenes del Centro. Crecieron, pues, los alumbrados caseros, y tanto que pronto sustituyeron a los pesebres. También aparecieron los concursos auspiciados por empresas privadas, emisoras de radio y programas de televisión: el Reina de Reinas, el Calle del Milenio y otros que premian "el alumbrado más hermoso". En Itagüí, la calle de los Alarcón ha ganado todos esos premios. Sesenta familias, cada una 25.000 pesos, fue el presupuesto de 2004. Esta vez no pudieron negociar con EPM los modos de pago por el consumo

Foto: Samuel D. Tcherassi Fundación BAT Colombia

y no habrá alumbrado en la calle de los Alarcón.

Hasta el pasado 15 de octubre, en Medellín no se conocía ninguna convocatoria, y en la alcaldía ningún despacho estaba enterado de un evento para reconocer los vistosos alumbrados hechos por personas como doña Consuelo Castañeda, que cada diciembre, como si el motor de la Navidad dependiera de su esfuerzo, destierra la noche de su casa, en las faldas de Manrique. Para hacerlo adiciona el poder de tres breques, dispone de cuatro extensiones eléctricas, cada una con ocho entradas, ignora el aumento en la tarifa de servicios públicos y las variadas dolencias que le resultan por su empeño y que no son más ni la derrotan porque lo hace de puro gusto. No argumenta, sólo dice: "Porque me gusta". Me cuenta que sus hijos le envían las novedades navideñas de los Estados Unidos, y que si no lo hacen ella se les *emberraca* y no les habla. Se carcajea como si fuera algo inmoral que de todos modos



Los viejos pesebres que desaparecieron de las salas al mismo tiempo que los árboles de Navidad dejaban de ser pinos, chamizos y arbustos que los muchachos traían de las mangas vecinas, y eran reemplazados por estilizados pinos de plástico, que los mayores compraban en los almacenes del Centro. Crecieron, pues, los alumbrados caseros, y tanto que pronto sustituyeron a los pesebres.

Crecen, pues, las luces navideñas sobre Medellín, y a medida que eso pasa, cosa rara, la gente ha dejado de decir: “Vamos a ver alumbrados”,



Foto Jairo Ruiz Sanabria



en plural, y empezó a manifestar: “Vamos a ver el alumbrado”, en singular, como si el río fuera una definición de la luz, y debe ser así, ya que, para tantos, río y diciembre han empezado a ser sinónimos.

la tuviera sin cuidado, y me mira esperando que yo me ría, y yo lo hago. Quiere describirme las casi cien instalaciones de foquitos que cuelgan de su árbol navideño, pero termina mostrándome una foto. Exclama: “Ni por el putas, mijito” o “eso sí son güevonadas, pues...” para afirmar que ningún alumbrado es como el suyo, y encima pone unas risotadas chillonas que le amansan la boca. Dice que no aprendió de nadie su gusto por la luz y que nadie está aprendiendo de ella. Sus padres fueron simples, sin iniciativas para esas alegrías, sin ese gusto que ella encontró en la calle. Sus hijos resultaron igual a los abuelos.

Romerías de desconocidos acuden a su casa con el único encargo de ver su alumbrado. Millares de bombillos de todo color —odia las luces blancas que ponen en Estados Unidos—, que ella empieza a colocar en noviembre y refulgen enroscados en las ventanas, resplandecen en los salientes de la fachada, persiguen la oscuridad del techo. Millares en forma de sombrillitas, confites, faroles, globos, uvas

que iluminan todo punto de su casa, adentro y afuera. Llegan periodistas, fotógrafos, gente de la radio, de la televisión. En las fotos, que aparecen hasta en almanaques, la fachada es un borbotón, una colada de luces espesas que se funden contra los bordes oscuros de la noche. Los visitantes se preguntan si acaso esa señora está loca. Confunden todo ese brillo con un gesto de frivolidad y de ostentación mafiosa. A muchos, tanta luz los aterra. Se lo han dicho: “Su casa es aterradora”. A ella no le importa. Es fanática de la luz, así se presenta, y, como tal, su mayor aspiración es comprar un alumbrado de 50 metros para poner en el techo de la casa. “Yo me... me enloquezco, mijo”.

Crecen, pues, las luces navideñas sobre Medellín, y a medida que eso pasa, cosa rara, la gente ha dejado de decir: “Vamos a ver alumbrados”, en plural, y empezó a manifestar: “Vamos a ver el alumbrado”, en singular, como si el río fuera una definición de la luz, y debe ser así, ya que, para tantos, río y diciembre han empezado a ser sinónimos. 🌸

Foto: Samuel D. Tcherassi Fundación BAT Colombia

